

# Fauna astronómica (II)

## Una guía para identificar especímenes nocturnos con telescopio

**Miguel Guerrero**

*rupestreguerrero@mail.com*

*Después de recorrer el mundo de los telescopios de madera, los mandos GoTo y las charlas teóricas, nos adentramos ahora en un territorio distinto, más pintoresco y emocional. Porque no todo en la astronomía aficionada son tornillos, cables y alineaciones polares: también hay viajeros incansables, soñadores y pequeños genios que parecen haber nacido con las estrellas en la retina.*

*En este tercer capítulo descubriremos al Astroturista, capaz de elegir un hotel por el índice de Bortle antes que por las estrellas de TripAdvisor, siempre persiguiendo eclipses y auroras. Conoceremos también al Místico del cosmos, que convierte cada observación en una experiencia casi espiritual. Y, para rematar, aparece el Niño prodigio, ese chaval que localiza Saturno en dos segundos mientras los veteranos aún siguen desplegando trípodes.*

*La fauna estelar sigue creciendo, y cada uno de estos personajes demuestra que la pasión por el cielo puede vivirse de mil formas diferentes.*

### **El Astroturista**

El Astroturista no elige hoteles por las estrellas que aparecen en TripAdvisor, sino por las que se ven desde la puerta de la habitación. Es un viajero de lo celeste, un explorador que no busca playas ni monumentos, sino horizontes limpios, humedad baja y condiciones ideales para fundirse con el universo. Puede rechazar un hotel con spa porque al lado hay una farola. Puede conducir seis horas para huir del Bortle 5 y alcanzar un bendito Bortle 2 en mitad de la nada. Y puede llorar, literalmente, de emoción si al llegar y mirar arriba, la Vía Láctea le salta a los ojos como una bandera en 3D.

Cuando planea sus vacaciones, no usa el calendario laboral, sino el lunar. Consulta la fase, la altitud del lugar, la estadística de nubosidad y, por supuesto, el porcentaje de oscuridad real tras el crepúsculo astronómico. No necesita piscina ni desayuno, necesita cielo. Y si el lugar promete buen seeing, puede dormir en el maletero, cenar galletas y ducharse con toallitas. Lo hace sin quejarse. Porque ha venido a mirar, no a descansar.

Y no solo observa. El Astroturista es un cazador de fenómenos celestes. Vive obsesionado con los eclipses totales y sigue las efemérides como si fueran boletos de lotería. Ha viajado miles de kilómetros para ver dos minutos y medio de oscuridad diurna, y luego ha llorado de felicidad como si hubiera presenciado el nacimiento de un planeta. Lo ha vuelto a hacer en otra parte del mundo. Y ya está planeando el siguiente. Ha visto tránsitos, conjunciones imposibles, lluvias de meteoros desde desiertos, auroras boreales en Finlandia con cuatro capas térmicas y una batería pegada al pecho, y un cometa inesperado desde un acantilado en Azores. Todo eso por elección. Porque colecciona experiencias celestes como otros coleccionan imanes de nevera.

A la hora de elegir destino, no pregunta si hay aire acondicionado. Pregunta si el horizonte sur está despejado, si el pueblo apaga las luces por la noche, si hay viento de norte o inversión térmica, si las nubes altas son frecuentes en otoño. Lleva su equipo de observación como un sherpa preparado para una ascensión. Prismáticos, trípode, telescopio portátil, power bank, mapas, frontales rojos, termos, crema solar, gorro de lana y una silla que parece salida del campamento base del Everest. Su mochila pesa lo mismo que su ilusión.

Habla de lugares con una mezcla entre geografía y épica astronómica. "En el Teide vi la sombra proyectada del volcán al amanecer con la Luna menguante sobre la Vía Láctea", o "la aurora danzaba sobre la cúpula del observatorio como si me susurrara en noruego". Se expresa como un poeta técnico, y se emociona con un "ver Saturno sobre un lago congelado no tiene precio". Porque para él el viaje no es hori-

zontal, es vertical. No va del punto A al B, va de la Tierra al Cielo.

Puede que duerma poco, que coma mal, que esté ojeroso y con las manos frías, pero cuando logra su objetivo, cuando la noche se abre como un telón silencioso y aparece el universo en su versión sin filtros, el Astroturista alcanza algo parecido a la plenitud. No importa si la foto no salió bien, si el telescopio se desajustó o si solo le dio tiempo a ver dos objetos. Porque ha estado allí, bajo ese cielo. Y eso basta.

## **El Místico del Cosmos**

El Místico del Cosmos no observa, comulga. No apunta el telescopio, lo alinea con su alma. No busca objetos en un catálogo, busca respuestas en la inmensidad. Para él, cada noche bajo las estrellas es un ritual, una ofrenda, un intento sincero de entender su lugar en el universo. Y aunque no siempre encuentra la Galaxia del Triángulo, encuentra algo más profundo, algo que no se puede fotografiar, ni siquiera describir, pero que le hace suspirar mirando al cielo como si estuviera teniendo una conversación íntima con Orión.

Se le reconoce fácilmente porque, mientras todos están peleando con el alineado o buscando NGCs difíciles, él está tumbado sobre una manta mirando al infinito, con los brazos detrás de la cabeza y una leve sonrisa de alguien que está flotando por dentro. Lleva ropa cómoda, a veces una bufanda tipo Jedi o una gorra con el símbolo de Saturno bordado. Habla poco, pero cuando lo hace, deja frases que parecen sacadas de un libro de espiritualidad cuántica. "Nosotros también somos polvo de estrellas" dice con tono pausado, mientras alguien cerca se desespera porque no puede conectar el SynScan.

Suele leer a Carl Sagan, a Brian Greene, a Hawking y a poetas persas. Tiene libros de astronomía y también de misticismo oriental, y cuando explica qué es una supernova, acaba hablando de la muerte como parte del ciclo eterno de la existencia. No sabe mucho de filtros narrowband, pero te puede mirar a los ojos y decirte "es que la nebulosa del Alma está ahí por algo, ¿no lo sientes?" Y aunque tú no sientas nada, le dices que sí, porque no quieres romperle el momento.

El Místico del Cosmos no busca cantidad, ni precisión, ni nitidez. Le da igual si el ocular no está perfectamente alineado, si la colimación es regular o si el espejo tiene polvo. Él apunta al cielo como quien lanza una plegaria, y cuando mira por el telescopio y ve, aunque sea tenue, un grupo de estrellas lejanas, cierra los ojos y murmura "ahí están... y nosotros también". No se emociona solo por lo que ve, sino por el hecho de estar viendo. Porque para él, lo importante no es el objeto, sino el vínculo.

Cuando habla de astronomía lo mezcla todo con metáforas. "La luz de esas estrellas lleva viajando millones de años para llegar hasta ti esta noche, justo cuando tú decidiste mirar" te dice, y tú te callas, porque en el fondo... tiene razón. Puede que no recuerde la declinación de Saturno, pero sabe exactamente cuándo la Luna va a estar en cuarto creciente y cómo se va a ver sobre el mar, y te dirá que es una noche perfecta para estar en silencio.

A veces los demás se impacientan con él, porque no es práctico, no es técnico, y no parece tener prisa por ver objetos. Pero luego se va haciendo el silencio, y todos terminan, sin darse cuenta, mirando hacia arriba con un poco más de respeto. Porque

el Místico del Cosmos no es un observador... es un recordatorio viviente de por qué empezamos a mirar al cielo en primer lugar.

## El Niño Prodigio

Es el Mozart de los catálogos Messier, el que te localiza Saturno antes de que termines la frase. Aparece con cara de no haber terminado los deberes, con un telescopio más pequeño que su mochila, acompañado por su madre o su abuelo, y tú piensas "bueno, qué mono, viene a mirar la Luna y a cansarse en diez minutos". Craso error. En cuanto saca el ocular y dice "voy a por Saturno", ya lo ha encontrado. Y tú, que llevas media hora peleando con la alineación, el buscador descentrado y los menús del GoTo, lo miras con una mezcla de envidia y ternura mientras él, sin esfuerzo, le dice a otro adulto: "Ahí lo tienes, justo a la izquierda de Dschubba. Con el ocular de 10 mm se ve el anillo claro."

El Niño Prodigio no necesita mandos ni mapas. Tiene el cielo en la cabeza como quien tiene las tablas de multiplicar. Se lo ha aprendido porque le gusta, porque le sale solo, porque lleva desde los ocho años viendo documentales de Sagan mientras otros niños jugaban al Fortnite. Y lo peor es que no presume, no va de sobrado, solo te aplasta con naturalidad. Te dice que M13 le parece "demasiado fácil" y que prefiere galaxias tipo NGC 891 "porque tienen más reto". Tú no sabes si adoptarlo o quitarle el telescopio.

Tiene una agilidad mental que desconcierta. Se orienta al vuelo, encuentra Saturno entre ramas, distingue Marte de Antares sin dudar. Y cuando tú dices "¡eso que brilla es Júpiter!", él ya está diciendo "sí, con

Ganímedes en tránsito, por cierto." El Niño Prodigio es humildemente insoportable.

Si alguien le hace una pregunta, la responde con precisión quirúrgica. Y si le explicas algo condescendentemente, te deja en evidencia con una sonrisa. "Eso ya lo sabía, pero gracias." Si le das un ocular nuevo para probarlo, te dice si tiene coma, si la pupila de salida es cómoda y si el relieve ocular es suficiente "para gente con gafas". Tiene vocabulario, tiene comprensión, y encima tiene vista joven, sin miopía, sin astigmatismo y sin fatiga.

Cuando llega la hora de recoger, él ya ha desarmado el equipo, lo ha guardado todo con mimo y sigue mirando al cielo como si aún quedaran diez objetos por descubrir. Tú estás cansado, con frío, y buscando las

llaves del coche en la oscuridad. Él no tiene prisa. Está lleno de energía cósmica, con la ilusión intacta y la cabeza llena de futuras observaciones. Ya está pensando en su primera cámara planetaria, en cómo mejorar la puesta en estación, o en lo bonito que será ver el próximo eclipse total desde Argentina.

No puedes odiarlo, pero te saca de quicio. Porque representa lo que tú habrías querido ser si hubieras empezado antes, si hubieras tenido ese foco, esa memoria, ese cuello flexible, esa bendita falta de dolor lumbar. Porque el Niño Prodigio no es solo un talento precoz. Es una bofetada de humildad envuelta en ilusión pura.

## **Visiones del Universo: IC 1396 (doble página siguiente)**

Nuestro compañero Paco Lendínez, que en los últimos tiempos está logrando verdaderas joyas astrofotográficas, nos trae en esta ocasión una toma de la nebulosa IC 1396 en Cefeo.

Como nos comenta: *"La imagen fue realizada el 13 de junio de 2025, en las lagunas de Ruidera. Después de varias tardes de tormenta vino la calma, con unas noches espectaculares en un cielo muy oscuro y luna menguante al 6%. En la nortea constelación Cefeo, la impresionante nebulosa de emisión IC 1396 mezcla el gas cósmico brillante y las nubes oscuras de polvo. Esta región de formación estelar, excitada por la estrella brillante y azulada que hay en el centro, se extiende cientos de años luz, abarca más de tres grados en el cielo y se encuentra a unos 3.000 años luz del planeta Tierra. Entre las intrigantes formas oscuras de IC 1396, a la izquierda del centro está la sinuosa nebulosa de la Trompa de elefante."*

Datos técnicos: Telescopio Skywatcher Evostar 80ED, cámara Nikon D5100 con prisma y barlow X2 en montura Staradventurer GTI, 150 tomas de 30", a ISO 3600, procesadas con Siril y Photoshop

## **El que se ha comprado todo y aún no ha observado ni una nebulosa**

Este personaje es fácil de identificar: llega a la quedada con un coche que parece una tienda de campaña de Astroshop rodante. Saca cajas, mochilas acolchadas, maletines negros con espuma recortada al milímetro, trípodes dignos de un satélite meteorológico, telescopios que aún huelen a nuevo y accesorios que ni tú sabías que existían. Mientras tú te peleas con tu vieja montura o enfocas a mano con un Plössl arañado, él saca un enfocador Crayford motorizado con control por app y dice algo como "todavía no lo he probado, pero me han dicho que va genial."

Y claro, no ha visto ni una nebulosa en su vida. De hecho, la mayoría de los objetos que menciona los ha visto solo en foros, en vídeos o en imágenes de Astrobin. Porque su astronomía, hasta el momento, es mayormente teórica y logística. Pero cuidado: sabe todos los nombres, todos los modelos, todos los sensores, todas las monturas. Sabe lo que necesitas tú, lo que le falta a él, lo que acaba de salir y lo que se rumorea que lanzarán en otoño. Puede no saber localizar la Osa Mayor, pero te habla durante una hora del backlash de su montura ecuatorial con una propiedad que da miedo.

Su afición real, de momento, es comprar cosas. Disfruta del proceso. Del click en "añadir a la cesta", del seguimiento del pedido, del momento sagrado del unboxing, del encajar cada ocular en su hueco de gomaespuma como si fuera un ritual de iniciación. Tiene todo en orden: filtros, adaptadores, tornillos inoxidable, cables de repuesto, una estación meteorológica portátil, una manta térmica para el tubo

y hasta una silla ergonómica de observación... pero aún no sabe apuntar sin que el buscador le dé la vuelta al mundo.

Y no pasa nada. Porque su ilusión es enorme. Y su potencial también. Solo que aún no ha dado el paso de mirar realmente. Tal vez porque no encuentra el momento. Porque el cielo nunca está perfecto. Porque algo del equipo "todavía no lo ha configurado". Porque está esperando a tener "todo optimizado" antes de empezar de verdad. Y mientras tanto, la nebulosa de Orión sigue esperando, allí, brillando, lista para ser vista con un simple refractor de juguete.

Lo ves moverse de un lado a otro de la observación como un técnico de misión espacial que aún no ha lanzado su cohete. Se acerca a los telescopios ajenos y mira con auténtica devoción, como si estuviera a punto de abrazar a cada galaxia. Y cuando por fin se anima a observar algo, dice "¡guau!" con los ojos muy abiertos, como si acabara de entender por qué demonios se había gastado 3.000 euros.

Es posible que, algún día, se convierta en un astrónomo temible. Que sepa tanto como tú y además tenga mejor equipo. Pero, por ahora, es el que te pregunta si puedes alinearle la montura, si la batería es suficiente y si eso borroso "es la nebulosa o que tiene empañado el ocular".

Y tú, mientras le ayudas, le das un golpecito en el hombro. Porque sí, tiene de todo. Pero todavía le falta lo más importante: acostumbrar el ojo a soñar. ■